

Los años sin excusa

Santiago Ceró

ANTONIO AVARIA

Carlos Franz (1959) entra con pie discreto, pero firme, en nuestra literatura. Carece del centelleo verbal, y la facundia, de sus contemporáneos; no alza la voz, no hace alarde de vanguardismo. En las antípodas del "realismo mágico" y su torrente imaginativo, **Santiago Ceró** (Nuevo Extremo, Santiago) funda su eficacia en el apunte esquemático y esencial. Se trata de una primera novela, pero sin pasión descontrolada, ni experimentaciones formales, ni lugares comunes. Quizás excesivamente consciente de sus naturales limitaciones, Franz jamás peca por exceso y recorta con precisión todo lo que le parece innecesario o riesgoso.

Una juventud desencantada y resignada a la mediocridad, en una ciudad vacía, desamparada, fantasmagórica, que apenas vibra de noche con el Show de Toque en Toque. Santiago a su vez y casi sin decirlo es una prisión, un campo de maniobras para la policía política. Los muchachos tienen nostalgia de la juventud que vivieron sus padres; el miedo a la autoridad los envilece, los aísla y conforma, los deja contritos y propensos a la traición, la envidia, la delación. Sólo un muchacho magnífico y seductor tiene fuerzas y fe para luchar contra la desesperación de todos, pero las armas de Sebastián son limitadas: el humor, la impostura, el bello acto gratuito, iconoclasta.

Hacer de esta feroz denuncia histórica la estofa de una breve novela chilena, universal y adolescente es la tarea que Carlos Franz asume con aplicación y sabiduría. Novela de formación,

iniciática: **Bildungsroman**. Como el Jaguar de **La ciudad y los perros**, Sebastián tampoco se deja "bautizar" al ingresar a la Escuela, y deja maltrechos a los estudiantes mayores; así comienza su leyenda. Como Jaguar, el ambiente (la escuela universitaria y la ciudad de Santiago) no lo romperá ni lo derrotará. El chileno no sale malparado de esta comparación -algo superficial y antojadiza- con Vargas Llosa, quien al publicar su primera novela tenía cinco años menos que Franz. Hay una sutil afinidad argumental: un grupo de adolescentes en una escuela y la ciudad, la iniciación a la vida en la hipocresía y la sofocación de todo sueño, la educación autoritaria, el tutelaje militar, el narrador poeta que transige con la inmoralidad. Los personajes de Vargas Llosa son deliberadamente prototípicos y así conforman un microcosmos social, humano y moral del Perú; Franz no tiene, ni mucho menos, esa pretensión. Sus figuras son mucho más ambiguas e inclasificables, trazadas por mano de dibujante ducho en el arte de la caricatura. Memorable es el gordo Blanco, agente de la policía, que aparece con pinceladas rápidas y diestras.

El narrador ejemplifica en sí mismo la degradación de los valores que constituye la tónica del libro. El proceso de su caída irremisible en la miseria moral es inquietantemente persuasivo. El uso de la segunda persona singular es muy adecuado, pues produce el efecto de hacer cómplice al lector de la peripecia relatada. (Ese recurso narrativo lo

empleó magistralmente Michel Butor en **París-Roma o la Modificación**, allá por los mismos años en que Franz veía la luz del mundo; otro excelente ejemplo es **Aura**, la breve novela de Carlos Fuentes). Sebastián, el encantador y eje de toda la acción, también resulta a fin de cuentas patético, pues tiene que inventar un personaje para que a los demás no se les pudran los sueños. Y su gesto final de máximo desprecio -inundar la escuela y la ciudad de excrementos- resulta verosímil (muchos edificios de Santiago están coronados por enormes estanques de agua), pero será olvidado en poco tiempo.

El desarrollo de esta novela es simple y lineal. Su duración, el último año de una carrera universitaria, más un epílogo siete años después. No aparecen las aulas (tampoco en **La ciudad...**), pues los cinco o seis amigos se reúnen y pasan todo el día en la mesa al fondo del casino, bajo un afiche de un castillo de Luis II de Baviera.

La pileta del patio y los húmedos entretechos completan el escenario estudiantil. Y en la ciudad, el pensionado de la calle Ejército, regentado por una voraz Yolita. El lenguaje es depurado, sin afán de brillo o de lirismo, pero no exento de hallazgos poéticos: *"Le mostró de noche, empuqueñecido por la distancia, el gigantesco hangar iluminado de la Estación Central. Podría ser la capilla de una animita puesta a la entrada de Santiago. La animita de algún enorme difunto, del que según Sebastián todos los habitantes de la ciudad eran deudos"*. ■